

# Sobre el daño que hace la literatura

Juan Diego Buitrago Ortiz

## *Monólogo en un acto*

Algunos amigos míos se han tomado el atrevimiento de invitarme a este espacio para hablar de mis habilidades como pedagogo. Infortunadamente no tengo ninguna más allá del tedio que representa fingir una cara amable durante varias horas. Pasé días enteros preocupado por el tema que nos convocaría. Entre papeles arrugados y letras borradas intenté crear un nombre que fuese atractivo, una especie de marketing de la pedagogía. Así, entre estos títulos dulzones, me di cuenta de que todos parecían un mal libro de *coaching* y, créanme, no tengo el carisma para enseñarles las «diez estrategias para ser el mejor profesor». No encontraba nada que me apasionara hasta el punto de querer gritar «gol», pues solamente pasaban por mi cabeza esos videos de televentas que intentan transmitir una felicidad con sus productos y que lo único que demuestran es que la felicidad es un estado ridículo y empalagoso.

No obstante, al final decidí aventurarme a hablar de literatura porque es lo que trato de enseñar en mis clases, pero todo se fue al traste cuando comencé a preguntarme «¿qué es literatura?». Ya sé que ustedes, público morbosos, aguardan por el momento de lanzar esas preguntas asesinas y hacernos ver a nosotros como estúpidos, mientras se pavonean en sus asientos, sintiendo que el ego les ha crecido otros veinte centímetros; o mientras aparece otro pregonero con sus palabras inaccesibles y su lenguaje enarbolado como si estuviera en la Antigua Roma en un debate con Cicerón. Ambos públicos me parecen igual de molestos: el que finge su inocencia y el que manifiesta su soberbia. Al pensar en todos esos mundos posibles, en la distopía del auditorio, mi cabeza dio tantas vueltas que temía equivocarme. Al final decidí hablarles sobre el daño que hace la literatura, específicamente sobre el daño que hace enseñarla, pues de todos los espíritus que salieron de la caja de Pandora, la literatura es el más vil.

Mis amigos siempre me han considerado un excelente pedagogo —creo que esto ya lo dije—, ya que tengo más preguntas que respuestas. Mis salones de clase son territorios de batalla donde debo enfrentarme no solo al malhumor que me caracteriza, sino también al de mis estudiantes, quienes en últimas aceptaron con gusto el mal que les hago. Entonces se preguntarán qué es lo que enseño cuando dicto mis clases de

literatura. Mi respuesta será una revelación para los románticos y un escándalo para los científicos literarios —«científicos literarios» ja, ja, ja. Se imaginan uno presentarse y decir: «Mucho gusto, soy un científico literario y he descubierto que el realismo tiene una influencia marcada del socialismo dieciochesco». ¡Increíble, doctor!, ¡usted ha salvado el mundo! (aquí deben aplaudir ustedes)—. En fin... cuando enseñé literatura enseñé un daño, un placer culposo, un vicio. Cuando enseñé literatura trato de contagiar a mis estudiantes de esos malos hábitos en torno al campo semántico de la «creación»: la estimulación de la creatividad, la confección de mundos paralelos, la conversión en creador, la construcción, la estructuración, la creación, la creación...

Llegar a una clase de literatura implica un proceso constante de memoria y olvido. Memoria para soltar el chorro de referencias —otra de las maneras de potenciar el «yo»— y olvido para dejar a un lado esos prejuicios negativos que en lugar de aclarar la vista, la nublan de una soberbia creada desde una superioridad vacua. Esta se convierte en una lucha incesante donde, por un lado, está lo que adoro leer, el daño que me gusta recibir, lo que considero «mejor» en términos de estilo —o de enredo—; por el otro, está lo que ese niño quiere leer, lo que mueve sus fibras, lo que se le hace más sencillo, lo que puede entender. En esa lucha me hago al margen: dejo que gane la batalla el otro, pues, en últimas, si quiero enviciar a alguien, no puedo hacerlo con mis extravagancias. Pensemos en algo tan banal como beber alcohol con los amigos: en ese grupo siempre estará el abstemio, pero como yo soy el borracho que quiere sumergir a todos en su miseria, insisto con un trago del ginebra más amargo, pero no obtengo resultados. Entonces preparo un coctel empalagoso, con fresas y esas cosas que le gustan a la gente que no sabe beber, y el abstemio lo bebe. Se embriaga; objetivo cumplido: ahora somos dos borrachos. La enseñanza de la literatura es una fiesta que busca emborrachar al más juicioso del grupo. Por algún lado tiene que caer, aunque deba tomar un mal trago.

Entonces, yo no enseñé literatura porque no soy ni Cervantes, ni Dios, ni mucho menos Borges; soy un borracho, un vicioso, un adicto a las drogas: soy un pedagogo, que es lo mismo. Nosotros los pedagogos no podemos hablar más de lo que nos embriaga —pues nos hace alucinar, nos acelera el pulso—, de eso que nos invita a ser lo que nuestra vida no nos permite. Perdónenme el desvarío, pero si me sostuviera incólume como esos ancianos que dictan conferencias, estoy seguro de que ya medio auditorio se habría ido. Así trato de enseñarles a mis estudiantes: desde lo visceral, desde el sentimiento. ¿Qué tiene de diferente el *Mío Cid* a un videojuego ambientado en el Medioevo? ¿Acaso *Hamlet* no es una telenovela que gira alrededor de la venganza? Con esto entro en otro terreno fangoso y difícil de caminar: la experiencia del individuo. Díganme si *Orgullo y Prejuicio* no logra que las jovencitas más tiernas, esas que llevan flores al profesor, suspiren de emoción; o que el chico más guapo de la clase lea *El retrato de*

*Dorian Gray* para que aprenda sobre lo efímero de la belleza; o qué pasaría si el muchacho más rudo leyese estas novelas juveniles tan ricas en retratar la mocedad... La literatura incluye a todos, como cualquier vicio. En cambio, son esos puristas de boina, camisa a cuadros y pipa en mano (no me perdonen por el estereotipo) los encargados de seleccionar a los dignos de la «Alta Literatura», esa que solo los paladares más finos son capaces de consumir, aunque luego de caer en el estómago genere indigestión.

Ahora bien, ya he repetido de manera incansable que enseñar literatura es enseñar un vicio: el encanto por el arte. Quien se dedica a ser un *dealer* del conocimiento literario —del arte, en general— tiene más problemas que cualquier otro, pues no existe una fórmula ni una única respuesta, solo existen individuos que leen y que sienten: homogeneizar el sentimiento es igual de necesario a contar los granos de arena de la playa. De tal manera, un estudioso de la literatura, con un corazón encuadrado en las páginas de los libros de historia, requerirá periodizar lo que no tiene un periodo. Cortará las obras literarias con el molde que él mismo ha preparado con anterioridad: si es una obra donde predomina el realismo, pero fue escrita a principios del siglo XIX, intentará encontrarle el clic romántico para engancharlo a esa categoría; si la poesía es inclasificable, recurrirá desesperadamente al término posmoderno, donde van a parar todas esas obras que superaron la cuadrícula de los teóricos. Y qué problema cuando hablamos de la dramaturgia, ya que en la novela y en la poesía los más ambiciosos se atreven a etiquetar, pero en este género tan olvidado, basta con decir «eso es una obra de teatro».

Entonces, mis compañeros de literatura enseñan un canon, un conjunto de ladrillos que edifican ese castillo llamado «Alta Cultura». Todo lo demás sirve de elemento decorativo: en el mejor de los casos, como una lámpara o un bodegón que todos ven, aunque nadie les preste especial atención. Hasta este punto, ustedes, mis queridos espectadores, podrán pensar que soy el peor profesor del mundo; y tienen toda la razón. Las percepciones que otros tengan de mí no son mi responsabilidad, yo solo trato de volver a esos jóvenes unas personas oscuras, malvadas: las que crean, las que piensan, las que leen.

Quiero contarles una anécdota con una estudiante a la que llamaré Gabriela por respeto a su imagen. Gabriela siempre llegaba al salón a decirme que no había podido leer el cuento porque no se concentraba, que empezaba y las letras saltaban entre las páginas, su mente nunca estaba quieta al momento de leer. Tuve que sentarme un rato a analizar a Gabriela, pero no encontraba algo que me diera pistas de su vida, más allá de un llavero con un símbolo que no alcanzaba a identificar. Me volví un espía... Traté de dibujar ese llavero en mis cuadernos y comencé a preguntar por él como si se tratase de un delincuente del que solo queda la pista de reconocimiento facial. Le pregunté a mis compañeros y no tenían idea. Envié la imagen al grupo de la universidad y no

recibí respuestas satisfactorias. La revelación la tuve frente a mis ojos todo el tiempo: los compañeros de Gabriela. No sé nosotros como «intelectuales» por qué pretendemos encontrar respuestas puntuales en las personas iguales a nosotros: todo lo enredamos, no conocemos el mundo, vivimos anclados al pasado... Somos un grupo de *romancólicos*. Bueno... Un amigo de Gabriela me dijo efusivamente: «Profe, es muy obvio, es el sinsajo de los *Juegos del hambre*». Confieso que no sabía de qué hablaba.

En la noche, prendí el computador y me dispuse a hacer una investigación meticolosa, pensando que era algo poco común. Inmediatamente después de que puse «los juegos...» el buscador completó el texto. Encontré la película y vi que se trataba de un libro también, así que busqué desesperadamente el texto, lo leí esa misma noche y al día siguiente le propuse a Gabriela que lo leyera. ¡No se imaginan el análisis que logró hacer esa niña! Me habló de autoritarismos, de sistemas de poder, del ser en situación de supervivencia, de la división por castas... Yo estaba increíblemente asombrado al descubrir que Gabriela, la estudiante que no leía ni un cuento de Cortázar, devoraba estas novelas desesperadamente y, además, hablaba de ellas como una experta. ¡Le di el trago que ella quería! ¡Ahora es igual de borracha que yo!

Esta historia tan esperanzadora parece desconectada de todo el escepticismo que manifesté en esta intervención, pero solo afirma mi postura: ¡cada quien se hace el daño que desea recibir! Gabriela quería dañarse la vida con las novelas juveniles, medio distópicas, y comenzar a crear a partir de ellas: ese es su daño. Pablo, otro alumno, se daña su vida con las lecturas de *El Quijote* y *Ana Karenina*. María con Jane Austen, mientras Andrés con Lovecraft... Sus experiencias los llevaron a decidir que ese era el vicio al que se querían someter y, a pesar de la distancia en términos de estilo, temas, momentos históricos, a todos nos cobija la misma borrachera: ¡todos somos parte de la misma fiesta! Por tanto, enseñar literatura es enseñar emociones, enseñar historias, enseñar prácticas de conversación, enseñar vicios, creación. Es enseñar a ver el mundo... La enseñanza de la literatura no es más que una rumba en los lugares más inesperados, que reúne a todos, aunque muchos insistan en que es un coctel a puerta cerrada en el mejor club de la ciudad. ¡Patrañas y más patrañas!

No quisiera despedirme sin antes agradecerles por su silencio y sus risas. No abriré espacio para preguntar porque entre treinta espectadores siempre hay dos buitres esperando comerse al conferencista. Tampoco responderé preguntas afuera ni recibiré halagos. Solo espero que cuando salgamos de ese lugar estemos en la parte de adelante de este auditorio, nos emborrachemos y hablemos de cualquier cosa, menos de literatura. Muchas gracias a todos.